

arrastraba a los bailadores en apresurado movimiento, ora los adormecía con sus dulces y tropicales languideces [...] A las once y media la temperatura y la alegría, el entusiasmo y el ardor danzantes iban subiendo rápidamente merced a la espumosa cerveza, al *cognac* y al *kermann*. Las parejas estaban como nunca risueñas y comunicativas; se fumaba en la sala como en una taberna y Olesa preludiaba la *schotisch* nueva.¹

Me permitiré resumir en este artículo, dado el poco espacio, algunos de los aspectos que caracterizan a esta diversidad de obras normalmente denominadas “danzas”, características que he observado al recopilar, estudiar y analizar en los años recientes un grupo de 200 danzas habaneras mexicanas.² Estas danzas representan una muestra de 56 autores mexicanos. Los más representados son Ernesto Elorduy, Ricardo Castro, Felipe Villanueva, Miguel Lerdo de Tejada y Francisco J. Navarro.

Voy a agrupar los aspectos que abordaré en dos secciones: la primera, sobre sus características generales (*tempos*, agrupación de las danzas en ciclos, títulos, etc.); la segunda, sobre los momentos cronológicos en la historia de la danza y los estilos musicales que se observan en las mismas. Por momentos empleo datos estadísticos, en otras ocasiones métodos propios del análisis musical y en otras mis propias observaciones como intérprete de las obras.

¹ Rafael Delgado, *La Calandria*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1992, pp. 77-79. Novela originalmente publicada por entregas en 1890.

² Estas 200 danzas constituyen el objeto de estudio que he analizado como parte de la tesis doctoral que actualmente escribo sobre el tema. *La danza habanera en México (1870-1920)*, tesis doctoral en proceso, Centro de Investigación y Docencia de Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM), asesor doctor Antonio García de León Griego. Mi primera investigación sobre la danza mexicana para piano inició en 2004 con un grupo de 45 danzas de Ernesto Elorduy.